

Amor a los enemigos

Este pasaje que revisaremos en esta clase plantea algo verdaderamente revolucionario, que va a contracorriente de lo que se acostumbra en el mundo. Algo que puede parecer humanamente imposible de cumplir, pero que sí es posible con la gracia de Dios. Él siempre nos ayuda a cumplir lo que nos pide.

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 6, 27-35;**Amor a los enemigos**

El ser humano suele reaccionar instintivamente con odio hacia quien le hace daño. Mucha gente suele buscar desquitarse, vengarse, hacerle mal a quien se lo hizo a ella, incluso al grado de quitarle la vida. Pero Cristo nos llama no a odiar sino a amar a todos, incluidos nuestros enemigos. *•Dado que en el amor a los enemigos hay que renunciar a toda esperanza de correspondencia y de amor, ese amor es el que mejor y más genuinamente representa el amor del discípulo de Jesús. Lo que mueve a un discípulo a amar es cumplir la voluntad de Dios.ö (Stöger I p. 187).*

REFLEXIONA:

Como el texto que vamos a revisar en esta clase habla de amar a los enemigos, debemos preguntarnos, antes qué nada, quiénes son nuestros enemigos.

Hay mucha gente que piensa que no tiene enemigos, porque tal vez la palabra le suena demasiado fuerte y se le figura que los pequeñitos roces cotidianos que tiene con algunas personas, no amerita que las considere *•enemigasø*. Conviene replantearse este asunto y considerar lo siguiente: la palabra *•enemigoø* no sólo se refiere a un adversario feroz que hace cosas terribles en tu contra, la palabra también puede abarcar a quien nos hace muy difícil cumplir el mandamiento de amar; por ejemplo, alguien que tiene opiniones, aficiones, ideas, etc. completamente opuestas a las tuyas, que no sólo no compartes, sino repruebas. O alguien que sólo te busca para ver qué te saca. O alguien que ante ti muestra una cara y detrás de ti otra, alguien de quien te enteras que habla mal de ti.

Son unos cuantos ejemplos para captar que por enemigos se puede entender a quienes nos complican la vida, a quienes nos caen mal, a quienes nos dificultan cumplir el mandamiento de amar. Son enemigos en el sentido de que pueden estorbar nuestro camino a la santidad, si por ellos nos volvemos iracundos, rencorosos, vengativos. Lo que propone Jesús, al pedirnos que los amemos es el antídoto perfecto para que eso no ocurra. Y para que no sólo no nos estorben en nuestro camino a la santidad, sino nos ayuden a alcanzarla.

6, 27 PERO YO OS DIGO A LOS QUE ME ESCUCHÁIS:*Pero*

Jesús empieza esta enseñanza usando la palabra *•peroø* porque sabe de antemano que queremos buscar que nos autorice algunas excepciones, pedirle que incluya en letras pequeñas: *•aplican restriccionesø*

Yo os digo

En esta frase resuena la autoridad divina de Jesús. Es Dios mismo quien nos está pidiendo esto. No cabe desoírlo ni pensar que no tiene importancia.

a los que me escucháis

No se refiere simplemente a los que estaban allí frente a Él oyéndolo, sino a los que en verdad quieren *•escucharlo*, es decir, abrir los oídos del alma, dejar que Su Palabra la penetre, la ilumine, la transforme.

REFLEXIONA:

Llama la atención que empieza diciendo: *pero Yo os digo*, sabiendo, y respondiendo anticipadamente a nuestras objeciones. Y es que al escuchar que Jesús espera que perdonemos a nuestros enemigos, quisiéramos replicarle: -Señor, es que no conoces a esta persona, ésa sí que no se merece que la ame
-Señor, es que deja que te cuente lo que me hizo fulano, eso sí que amerita que lo odie

Mas a cada intento nuestro de salirnos por la tangente y hallar el modo de evadir esta incómoda exigencia de amar cuando queremos odiar, Él responde con este *pero* como diciendo, sí, ya lo sé, ya lo entiendo, *pero* ni siquiera eso que me cuentas justifica que desoigas lo que te estoy pidiendo.

Consideremos que Jesús, desde la cruz, perdonó lo imperdonable. Dice san Pablo que murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores (ver Rom 5, 6-8). ¡Realmente amó a Sus enemigos hasta el extremo! Si él fue capaz de perdonarlos, ¿podemos nosotros aferrarnos a nuestro rencor por alguien, siendo que lo que esa persona nos haya hecho, por terrible que haya sido, no se compara con lo que Jesús padeció y perdonó?

Si nos decimos seguidores Suyos, hemos de seguirlo no sólo cuando es fácil, sino también cuando cuesta trabajo. Contamos con Su gracia para lograrlo.

REFLEXIONA:

Jesús se dirige a los que lo escuchan. Son muchos los que lo oyen, pero pocos los que lo escuchan, es decir, los que de verdad acogen Su Palabra. Cuánta gente tiene Biblia en casa y nunca la abre. O la abre, la hojea y le parece aburrida. Cuántos oyen oye distraidamente a Palabra de Dios proclamada en Misa, y si acaso su mensaje los incomoda, piensan que va dirigido a otros, no a ellos.

El salmista pide. *¡Ojalá escuchéis hoy Su voz!* (Sal 95, 7c). Y en este versículo del Evangelio de san Lucas, Jesús está implícitamente solicitando quien lo escuche, es decir, quien abra los oídos del alma, sin resistencias, defensas, prejuicios, pretextos... ¿Responderás?

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS, HACED BIEN A LOS QUE OS ODIEN, 6, 28 BENDECID A LOS QUE OS MALDIGAN, ROGAD POR LOS QUE OS DIFAMEN.

Amad

Para comprender adecuadamente esta petición de Jesús, conviene que reflexionemos en qué significa amar.

En cristiano, el amor no es un sentimiento, no se trata de -sentir bonito o de que te -caiga bien la persona amada. Amar consiste en desear y procurar el bien de la persona amada. Por eso, aunque alguien te caiga muy mal, aún así puedes amarle, es decir, desear y procurar su bien.

a vuestros enemigos

Esta petición debe haber sorprendido mucho a quienes la escucharon. En la antigüedad, hay escritos en los que se pide odiar a los enemigos. Por ejemplo en las primeras obras de la literatura griega, por ejemplo en Hesíodo (-Los Trabajos y los Días 324); también Píndaro (-Odas Píticas 2, 83-84) y Lisias, que propone: -Considero como norma establecida que uno tiene que procurar hacer daño a sus enemigos y ponerse al servicio de sus amigos..En cambio Jesús...exige una benevolencia, activa, desinteresada y extraordinaria hacia quienes se presentan como nuestros antagonistas (Fitzmyer II, pp. 610-611).

Esto debe haber causado grandísima sorpresa a quienes le escucharon, pues incluso en la Ley de Moisés se pedía no vengarse ni guardar rencor a los miembros del propio pueblo, como dando por entendido que sí se podía odiar a los que no pertenecieran a éste (ver Lev 19, 18).

Muchos oyentes de Jesús deben haber entendido que Jesús les estaba pidiendo amar a los romanos, algo que consideraban intolerable, pues éstos los oprimían. Incluso los discípulos de Jesús deben haber sentido que les estaba pidiendo no sólo aceptar (tal vez a regañadientes), sino acoger con el corazón y amar a Mateo, que había trabajado para los romanos. No se la puso fácil a nadie.

REFLEXIONA:

¿Por qué Jesús nos pide amar a quien nos hace mal, si es más fácil odiarle? Porque el odio es sumamente dañino, tanto para quien lo siente como para quien lo recibe. Y en el corazón no pueden convivir los dos. No podemos decir: amo a mi hermano, pero me las va a pagar; no le haré nada malo, pero sí espero que le vaya mal. Si somos seguidores de Jesús, estamos llamados a cumplir el único mandamiento que nos pidió: amarnos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 13, 34-35). Dijo que así daremos testimonio de que somos Suyos. Y no añadió: no aplican restricciones; así que ese mandato de amar abarca a todos, a amigos y a enemigos.

Jesús no pide que tengamos hacia nuestros enemigos un amor platónico imaginario. No quiere que nos contentemos con pensar que los amamos, sino realmente traducir ese amor en actitudes.

Jesús plantea 3 cosas concretas que hemos de hacer por nuestros enemigos: hacerles bien, bendecirlos y orar por ellos.

Jesús amplía lo que se pedía en el Antiguo Testamento (ver Ex 23, 4-5; Prov 25, 21-22). Él mismo practicará lo que predicó al orar por los que le crucifican (ver Lc 23, 34). Los primeros cristianos siguieron Su enseñanza y ejemplo (ver Hecho 7, 60; Rom 12, 14; 1Pe 3, 9). (Gadenz, p. 133).

haced bien a los que os odian

No basta con no odiarlos, ignorarlos y quedarnos tranquilos. Hay que hacer algo en su beneficio.

REFLEXIONA:

Hacer bien a quienes nos odian es contrario a lo que nos dicta nuestro instinto. Quisiéramos hacerles mal, desquitarnos, vengarnos, asegurarnos de que sufran, pero Jesús nos pide no sólo poner un alto a esas intenciones, sino darles una vuelta de 180 grados, y hacer lo contrario: beneficiar al que nos odia.

¿Qué podemos hacer? Hay muchas posibilidades. Por ejemplo, tal vez podamos hacerles un favor, ayudarles en algo; o dejar de hablar mal de esa persona. Seamos creativos...

REFLEXIONA:

Hacer bien a quien nos odia puede parecer una locura, un sinsentido, ¿por qué nos los pide Jesús?, ¿para complicarnos la existencia exigiéndonos imposibles? No. Porque Él, que nos creó, nos conoce como nadie, y sabe lo que nos hace bien. Y odiar a quien nos odia no es benéfico para nadie, ni para esa persona ni para nosotros. La única salida, la única forma de liberarse del odio es amando, la única manera de vencer al mal es con el bien.

REFLEXIONA:

Hay otra razón también por la cual Jesús nos pide hacer bien a quien nos odia. Porque el bien vence al mal. Si al enemigo se le hace un mal, probablemente crecerá su odio. Pero si se le hace un bien, se sentirá desconcertado, a su pesar agradecido, tal vez incluso avergonzado, y muy posiblemente el odio que sentía se derretirá. Así lo dice san Pablo, citando el texto del libro de Proverbios que se mencionó aquí antes (ver Rom 12, 14-21).

bendecid a los que os maldigan

En la Sagrada Escritura, bendecir a alguien implica desearle que le vaya bien, alabarle o dedicarle al servicio de Dios. La bendición es siempre un regalo (Hardon J, p.52).

La gente de entonces, como la de ahora, estaba acostumbrada a tratar al otro como éste le trataba, y ello incluía maldecir a quien le maldecía (ver Gen 27, 27). Jesús pide hacer lo contrario.

REFLEXIONA:

Bendecir: decir bien, desear bien, a quien maldice, a quien dice mal, a quien desea mal.

Solemos responder con las mismas palabras y tono con el que se dirigen a nosotros. A palabras y tono amables respondemos igual, y a palabras y tono áspero respondemos así o tal vez peor. Pero Jesús no quiere que lo que digamos depende de lo que nos dicen los demás.

Considera esto: si al morir y presentarte a tu juicio personal ante Dios, te permitiera ver la película de tu vida, pero sólo se oyera lo que tú dijiste, no podrías justificar las frases hirientes o los insultos que salieron de tu boca, no podrías decir: «es que oye lo que esa persona me dijo, por eso le respondí así». Y tendrías que pedir perdón y reparar el daño que tus palabras hubieran provocado. Considéralo y pregúntate: ¿suelo responder al insulto con insulto, a la maldición con maldición? Y pídele al Señor que te ayude a ser capaz de bendecir siempre y a todos, aun y especialmente, a los que te maldigan.

rogad por los que os difamen

En términos cristianos, difamar significa dar a conocer la mala fama de alguien. Es decir, que lo que se da a conocer puede ser cierto (si fuera falso no se llamaría difamación, sino calumnia). Pero lo malo de difamar es que hacemos algo que no tenemos derecho de hacer: exhibir públicamente las miserias de alguien, hacerlas del conocimiento de otros. Eso afecta al difamado, lo hace quedar mal, lo expone al juicio y desprecio de los demás. Es una acción despiadada, que daña a la persona difamada.

Y ¿qué pasa si los difamados somos nosotros?, ¿cómo debemos reaccionar ante quien nos «quema» chismeando acerca de nosotros, publicando en «redes» fotos comprometedoras, filtrando mensajes que nos hacen quedar muy mal? El Señor no nos pide responder también difamándolos, sino rogando por ellos. Pero ojo, no se trata de rogar que les caiga un rayo, sino pedir por ellos a Dios, ponerlos en Sus manos.

REFLEXIONA:

Con esta petición el Señor nos invita a reconocer que por nosotros mismos no podemos enfrentar a quien nos difama, necesitamos Su ayuda divina que, por un lado, no deje que nos llenemos de resentimiento y amargura al enterarnos de que hemos sido difamados, y, por otro lado, toque el corazón de quien nos difamó, y lo mueva a conversión.

REFLEXIONA:

Hay quien dice: «¿cómo voy a pedir por quien me ha difamado?, ¡no quiero que Dios le proteja y se salga con la suya en sus chismes e intrigas contra mí!» a lo que cabe responder que rogar por esa persona no significa, de modo alguno, pedir que Dios le ayude a hacer el mal. Rogar por esa persona es pedir su conversión, pedir que deponga su actitud negativa, su afán de difamar, y deje de hablar mal, no sólo de uno, sino de todos, y se vuelva hacia Dios.

REFLEXIONA:

Jesús nos pide cuatro cosas muy difíciles de llevar a cabo: amar al enemigo, hacer el bien a quien nos odia, bendecir a quien nos maldice, rogar por quien nos difama. Con nuestras propias fuerzas no lo conseguiremos. Pero contamos con Su gracia para lograrlo. Por eso decía san Agustín: «Señor, dame lo que me pides, y pídemelo lo que quieras» es decir: dame la gracia para amar al enemigo, y pídemelo que lo ame; dame la gracia para bendecir al que me maldice, y pídemelo que lo bendiga, etc.

Recuerda esto: el Señor nunca te pedirá algo, para lo cual Su gracia no te pueda sostener.

6, 29 AL QUE TE HIERA EN UNA MEJILLA, PRESENTALE TAMBIÉN LA OTRA;

Hay que interpretar correctamente este versículo. No es una invitación a ser víctimas de injusticias o malos tratos, sino a no reaccionar con violencia ante la violencia.

En la antigüedad, se había establecido la llamada «ley del talión» según la cual había que devolver el mismo mal que se recibía: «ojo por ojo, diente por diente» (ver Deut 19, 21). A primera vista suena como una ley que promueve la venganza, pero en realidad surgió como un intento de poner límites al modo de

reaccionar antes las ofensas, porque sucedía que por algo pequeño había quien reaccionaba exageradamente. Así que se estableció que la respuesta fuera proporcional a la ofensa: si por ejemplo te insultaban, insultabas, no golpeabas; si te golpeaban, golpeabas, no matabas, etc.

Pero Jesús propone algo distinto. Si alguien te hiere en una mejilla, no le hieras tú, preséntale la otra. Esto que aparentemente es aceptar ser maltratado, en realidad tiene un significado distinto, consiste en no asumir el papel de víctima ni responder al mal con mal.

Y AL QUE TE QUITA EL MANTO, NO LE NIEGUES LA TÚNICA.

Al mal se le combate con el bien. Con un bien mayor. Si te roban el manto y respondes entregando la túnica, tu acción bienhechora supera con creces el mal de que has sido objeto. Y te conviertes en dueño de la situación. Ya no eres una víctima despojada y resentida, sino el que voluntariamente entrega lo que tiene.

REFLEXIONAR:

Dar la túnica a quien te roba el manto, le rompe todos sus esquemas, no alcanza a comprender tu reacción. Busca explicación y la explicación es Jesús. Responder así da un testimonio cristiano que impacta más que mil discursos que pudiera uno pronunciar.

Además cuando alguien que hace un mal, recibe un bien, se ve avergonzado, invitado a cuestionar su propia conducta. Es tácitamente invitado a cambiar de actitud.

6, 30 A TODO EL QUE TE PIDA, DA,

Si estás en posibilidad de dar algo a alguien que aparentemente lo necesita, ayúdale.

REFLEXIONA:

A veces nos detienen nuestros juicios, nuestra sospecha de que nos están «viendo la cara» y el que nos pide nos engaña. Pero como seremos juzgados por lo que hicimos por los demás, que Jesús considera como hecho a Él mismo, es preferible dar y ser engañados, que no dar y dejar sin ayuda a quien realmente la necesitaba.

«Lo que Jesús nos manda, deja fuera cualquier consideración del estado o de las condiciones concretas de quien pide, e incluso del motivo por el que pide. Ante la necesidad de una persona, el discípulo del Reino no puede tomar una actitud de reserva.» (Fitzmyer II, p. 613).

Estamos llamados a actuar con prudencia, pero no con prejuicio. Y, en la medida en que nos sea posible, tender la mano a los otros, como Dios nos la tiende siempre a nosotros.

Y AL QUE TOME LO TUYO, NO SE LO RECLAMES.

En este caso, como en el anterior, hay que saber interpretar a qué se refiere. No es una invitación a dejarse robar y fomentar en otros la delincuencia. Sino a no dar mayor importancia a las cosas que a las personas. Y a dejar de ser la víctima de un hurto, para asumirse como alguien que da voluntaria y libremente lo que es suyo.

REFLEXIONA:

Mucha gente es enviada a la cárcel porque robó algo motivada por el hambre o una grave necesidad. Pero no se remedia un mal con otro mal.

No podemos dar mayor importancia a las cosas materiales que al ser humano. Es patético ver a una familia desmembrada por pleitos sobre una herencia; a dos socios enojados por cuestiones económicas; a

dos amigas que ya no se hablan porque una le pidió prestado algo y no se lo devolvió. ¿Qué lugar ocupa en nuestra escala de valores la persona y qué lugar ocupa lo demás?

6, 31 Y LO QUE QUERÁIS QUE OS HAGAN LOS HOMBRES, HACÉDSELO VOSOTROS IGUALMENTE.

En el Antiguo Testamento leemos, en el libro de Tobías, esta instrucción: *“Lo que no quieras para ti, no lo hagas a nadie.”* (Tob 4, 15).

“Jesús enuncia una nueva forma de esta regla. No se trata de no hacer al prójimo algo desagradable, sino de hacerle el bien...El discípulo de Jesús no se ha de contentar con no hacer mal, sino hacer el bien que desearía para sí.” (Stöger I, p. 185).

Esta propuesta de Jesús, que aparece también en el Evangelio según san Mateo (ver Mt 7, 12), es conocida como *“la regla de oro”*

REFLEXIONA:

Jesús nos invita a ponernos en los zapatos de los otros y preguntarnos qué sentiríamos, si nos encontráramos en su situación, y cómo nos gustaría que nos trataran.

Solemos comprender a los demás cuando hemos pasado por lo que ellos están pasando. Aunque no podemos asegurar que sabemos lo que sienten, pues cada persona sufre de modo personal y diferente, sí podemos tener una idea aproximada de lo que puede ayudarles, incomodarles, etc. Y de ese modo podemos serles de verdadera ayuda.

REFLEXIONA:

Cabe hacer notar que Jesús no está diciendo que hagamos a los otros el bien que ellos nos hicieron primero. Él nos llama a hacer el bien que nos gustaría que los otros nos hicieran, no importa si no nos lo han hecho o nunca nos lo harán. El amor que Jesús nos está invitando a dar es incondicional, no depende de que los demás sean buenos o malos con nosotros, ni de si nos hicieron un bien antes al cual debamos corresponder, o de si esperamos que luego nos hagan un bien, que estamos propiciando de antemano. Jesús nos llama a amar, punto.

6, 32 SI AMÁIS A LOS QUE OS AMAN, ¿QUÉ MÉRITO TENÉIS? PUES TAMBIÉN LOS PECADORES AMAN A LOS QUE LES AMAN.

6, 33 SI HACÉIS BIEN A LOS QUE OS LO HACEN A VOSOTROS, ¿QUÉ MÉRITO TENÉIS? PUES ¡TAMBIÉN LOS PECADORES HACEN OTRO TANTO!

6, 34 SI PRESTÁIS A AQUELLOS DE QUIENES ESPERÁIS RECIBIR, ¿QUÉ MÉRITO TENÉIS? TAMBIÉN LOS PECADORES PRESTAN A LOS PECADORES PARA RECIBIR LO CORRESPONDIENTE.

Esto no significa que no haya que amar o hacer el bien o prestar a los que nos aman o nos hacen un bien o nos pueden devolver lo prestado. Desde luego que hemos de hacerlo. Lo que Jesús está planteando es que es lo normal, pero como cristianos no podemos conformarnos con eso, hemos de ir más allá. No sólo realizar lo ordinario, sino lo extraordinario. Recordemos que para ello contamos con Su gracia que nos capacita y da fuerzas para lograrlo.

“Amar a los amigos es la costumbre de toda la gente, pero amar a los enemigos, es costumbre sólo de los cristianos.” (Tertuliano, Scapula 1,5).

REFLEXIONA:

Como seguidores de Jesús, estamos llamados a amar como Él ama, lo cual implica hacer el bien a los demás y ayudarles aunque no lo merezcan, aunque no nos traten bien, aunque no valoren nuestro

esfuerzo e incluso sospechen de nuestros gestos de buena voluntad; prestarles, lo que podamos, aun cuando sepamos que no lo devolverán.

• Los discípulos de Jesús deben cumplir la voluntad de Dios más radicalmente que los demás.

Su amor no debe ser un amor que espera ser correspondido. Si sólo amaran a aquellos de quienes reciben muestras de amor, no tendrían ventaja sobre los pecadores. Deben amar incluso cuando no se ven compensados ni correspondidos. Deben amar porque tal es la voluntad de Dios. • (Stöger, I, p.186).

Ver 1Jn 3, 18;

6, 35 MÁS BIEN, AMAD A VUESTROS ENEMIGOS, HACED EL BIEN, Y PRESTAD SIN ESPERAR NADA A CAMBIO; Y VUESTRA RECOMPENSA SERÁ GRANDE, Y SERÉIS HIJOS DEL ALTÍSIMO, PORQUE ÉL ES BUENO CON LOS INGRATOS Y LOS PERVERSOS.

Se emplean nuevamente aquí estos tres verbos en los que se sintetiza la triple manifestación de un servicio que supera los límites de una respuesta meramente recíproca. • (Fitzmyer II, p. 616).

Sólo si logramos amar, hacer el bien, y prestar si esperar nada de nuestros enemigos, lograremos hacernos verdaderamente hijos de Dios, que hace salir el sol lo mismo sobre los malos que sobre los buenos (ver Mt 5, 45).

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (lectio leer despacio el texto bíblico; meditatio meditarlo, reflexionarlo; oratio dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y actio aterrizarlo en algún propósito concreto).